

Un día en la vida de Silvestre Panador

CAPÍTULO 10

La cueva

Julius Güémez

(Septiembre-Octubre 2002)

Capítulo 10

La cueva

El camino de vuelta hasta Santillana se desarrolla con increíble rapidez tras el abollado mil quinientos del padre Cinazo conducido a diabólica velocidad y sometiendo a dura prueba la resistencia de sus amortiguadores. El seiscientos, conducido con gran habilidad por Basilia, cruje entre salto y salto de baches, pero el sólido vehículo aguanta los golpes y no se arruga ante las dificultades orográficas. A la altura del pueblo de Caborredondo el mil quinientos derrapa en una curva cerrada y a punto está de estamparse contra un hermoso olmo, pero el cura consigue hacerse con el control de la máquina después de dejar allí parte del parabrisas delantero. Basilia, más hábil, frena, reduce la marcha y solventa el problema sin dificultades.

Al llegar al alto del desvío a Suances, el furioso coche del eclesiástico se lanza a toda velocidad hacia la villa del marqués del mismo nombre. Al llegar a una bifurcación en medio del pueblo, gira a la derecha con chirrido de frenos y quemado de neumáticos, levantando una nube de blancos gases de combustión y se lanza sin disminuir un ápice su velocidad hacia la salida del pueblo, en dirección a Puente San Miguel. A escasos doscientos metros de la salida del pueblo, gira de nuevo bruscamente a la derecha y atravesando un disperso caserío se dirige sin dudarlo, y subiendo una empinada cuesta, hacia la cueva de Altamira. Puesto que Basilia sabe hacia dónde se dirige el cura, toma la precaución de poner distancia entre ambos para no levantar sospechas. Estas tácticas de Basilia, propias de curtidos espías, tienen completamente sorprendido a Silvestrín.

Cuando por fin llegan Basilia y Silvestrín a la zona de aparcamiento a la entrada de la cueva, hay ya esperando varios automóviles aparcados, la mayoría trastos viejos y abollados de tal forma que sin duda

estuvieron en la batalla de Brunete, y algunos con su depósito de gasóleo pegado en la parte posterior. El mil quinientos que ha venido conduciendo el cura Cinazo está aparcado cerca de la entrada de la cueva, en una zona prohibida. Basilia busca un hueco hacia el final de la fila de coches y aparca sin llamar la atención. Silvestrín la interroga con la mirada, pero ella le hace notar que como llevan sotanas, pasaran desapercibidos entre tanto cura. Esta rapidez de reflejos de Basilia para analizar correctamente las situaciones más inesperadas tiene encantado a Silvestrín.

Descienden ambos sin dilación del seiscientos dispuestos a ver qué es lo que la milicia clerical ha preparado allí y se encuentran con un grupo de enjutos y animosos seminaristas vestidos con sotanas que les vienen grandes y entre los que no destacan demasiado. Aunque Basilia es la única que lleva boina, sus bonitas facciones, tal y como reconoce un poco sorprendido Silvestrín, la podrían hacer pasar por un guapo mancebo. Son aceptados con una sonrisa, aunque varios se fijan más de lo que a Silvestrín le hubiera gustado en las proporcionadas facciones de Basilia. Entre los seminaristas que por allí deambulan reconoce Silvestrín a un renqueante Torcuato Cadura, que al parecer tiene dificultades motoras y se desplaza arrastrando los pies, como si estuviera dolorido de sus cuartos traseros.

Mientras se llevan a cabo intrascendentes conversaciones entre los aprendices de párrocos y futuros portadores de la fe, aparece el director Capelotas con la cabeza completamente vendada. A través de sus vendas se distinguen apósitos sucios de sangre coagulada. El golpe vertical que le dieron con el libro y el testarazo horizontal contra el suelo que él mismo se propinó parecen haber desplazado todos los músculos de su cara y aún algunos huesos, pues ésta aparece como desencajada. Un solideo oscuro le baila inestable sobre el abultado vendaje y lleva un largo sombrero de teja en la mano, pues, evidentemente, ahora no tendría forma de encajárselo en la cabeza. Llama la atención de los jóvenes seminaristas con grandes palmadas y éstos, como un grupo de perdigones que se reúnen a la llamada de la madre, se acercan, entre ellos Basilia y Silvestrín. Se masca la expectación en el silencio contenido del grupo y los jóvenes alevines de cura están nerviosos porque sólo han oído rumores sobre la histórica tarea que allí les ha convocado.

– El propio Santo Padre, por medio del nuncio apostólico, que para eso está –anuncia Capelotas entre murmullos de admiración–, nos han encomendado la alta tarea de redecorar esta cueva al gusto

de la zoología bíblica, ayudando a los obtusos y salvajes hombres primitivos, que en esta cueva expresaron sus alabanzas a nuestro señor Jesucristo en forma de figuras de animales, a dibujar mejor lo que realmente querían expresar y, dada su falta de fe, no supieron –dice él fatigosamente, mientras sus ideas parecen oscilar junto con su cabeza, por momentos vencida por el peso, y que parece dolerle mucho–. En el marco de esta memorable, histórica, tarea, antes de eso debemos conseguir ablandar los pigmentos actuales que adornan con animales ya extintos las paredes de la oquedad para mejor mezclarlos con los nuevos colores y reproducir una fauna postdiluviana. Para lograr este objetivo, procederemos a introducir los tubos de este reluciente plástico para que conduzcan por su interior el vapor de agua que producirán estos hermosos generadores de vapor de manufactura germana hasta los últimos rincones de la cueva. –Los murmullos de sorpresa entre los seminaristas están a punto de acallar la voz del director Capelotas, que se impone gritando más y sujetándose la cabeza con las manos–. El novicio Cadura dispondrá los termómetros de mercurio que nos ha traído el padre Cinazo en los lugares precisos de la cueva y que él lleva señalados en un croquis.

Por lo visto, el director es todavía ajeno a la traición perpetrada por éste último citado en casa de don Onofre, pues le sonríe con sonrisa cómplice sin dejar de observar el apósito sangriento que Cinazo lleva en la cabeza a guisa de cachirulo. Los murmullos entre seminaristas suben de tono, pues no sabían nada de llenar la cueva previamente con vapor para mejor llevar a cabo la impostura. Pero pronto deciden que ellos quieren pintar y pasar a la historia por su contribución al arte rupestre, así que aceptarán lo que se haya establecido por la superioridad. El director Capelotas aclara que se trata de un procedimiento puesto a punto por don Santiago Londrino, catedrático de termología, para que se esponjen las feas pinturas originales de la cueva y para que de esta forma se mixturen luego mejor con las de más bonitas y de más reciente aplicación, por lo que tiene todas las garantías científicas. Con la posterior sesión de secado nocturna a base de estufas de butano hábilmente colocadas, las pinturas antiguas y nuevas se hermanarán a la perfección dando la sensación buscada de antigüedad, pero no tanta como los supuestos científicos anticristianos pretenden. Los diversos pasos del procedimiento explicitados por Capelotas convencen a los seminaristas, que los encuentran lógicos a la par que científicos.

– Y para un mejor control de la temperatura durante la fase ves-

pertina de secado, verdadera piedra angular de todo el procedimiento, utilizaremos estos modernos termopares que nos han sido proporcionados por el propio don Santiago. Pero, mis queridos hijos, ésta es la última tecnología norteamericana en medida de las temperaturas y han costado un dineral, pero el indudable éxito de esta misión va a depender en gran parte de ellos.

El corazón de Silvestrín se acelera cuando muestra el director Capelotas unos hilos muy finos cubiertos con una protección plástica de color verde y que se encuentran conectados a un aparato de forma cúbica lleno de botones y en el que brillan números rojos seguidos de la letra C. Los hilos están enrollados y parecen tener varias decenas de metros de largo. “Con estos termopares vamos a monitorizar la variación de la temperatura dentro de la cueva durante la noche en más de veinte puntos y con toda fiabilidad” –añade Capelotas mientras muestra orgulloso los extremos, apenas una bolita metálica, de muchos termopares. No sabe un alicaído Silvestrín qué le duele más, si el hecho, ahora ya evidente, de que don Santiago esté en el origen del robo de los termómetros o el ardid de que le haya ocultado que ya disponía de la prodigiosa tecnología de los termopares norteamericanos, instrumentos de precisión en la medida de temperaturas desconocidos en España, de los que Silvestrín ha leído con admiración en revistas especializadas, cuyo manejo le hubieran permitido avanzar mucho más rápido en el desarrollo de su tesis doctoral. Pero se sobrepone y observa cómo Basilia no pierde detalle de lo que allí se está diciendo y, sin duda, ya está cavilando cómo proceder para abortar tan maquiavélico como destructor de nuestro patrimonio cultural rupestre plan.

Los equipos de seminaristas se reparten las tareas con alegría indescriptible y los tubos conectados a los potentes generadores de vapor, que se han adquirido con gran sigilo en el extranjero a un alto precio, se van introduciendo en la cueva por parejas animosas. Basilia señala a Silvestrín uno de los tubos y entre los dos lo introducen en la cuevas después de algunas dificultades para atravesar la puerta sin ser descubiertos. El director Capelotas ha ido señalando en un mapa de la cueva a cada pareja dónde debe ir cada extremo abierto de cada tubo. Por la forma en que se aprieta la venda cabezona se ve que sufre ostensiblemente. Cada pareja de seminaristas tiene que hacer varios viajes hasta completar el montaje, pero el trabajo avanza deprisa. Pronto los tubos están dispuestos, los termómetros colocados en sus lugares por Cadura y se escucha un pitido largo de silbato. Es la señal

convenida de Capelotas para que todos abandonen la cueva antes de que ésta se llene de asfixiante vapor de agua. Con un gesto decidido, Basilia, que se ha colocado oportunamente al final de la cueva, le dice bajito a Silvestrín que se agache, que van a intentar que nadie se de cuenta de que se han quedado en el interior de la cueva. Esto no resulta difícil, pues vestidos como van con sotanas, el negro ropaje les camufla bien en la oscuridad. Con sangre fría esconde Basilia detrás de una oportuna grieta una de las lámparas de petróleo que han utilizado los seminaristas para iluminarse en sus tareas en el interior de la cueva. Contienen ambos la respiración mientras observan cómo las luces restantes abandonan la cueva sumiendo a ésta en una oscuridad casi total.

En el exterior los quemadores de butano silban, el agua burbujea en los generadores de vapor, el gas está casi a la presión necesaria y sólo hay que abrir las espitas para que los tubos lo lleven hasta los últimos rincones de la cueva. Los manómetros de los generadores, de la prestigiosa marca Mengele y de magnífica factura germánica, están con la aguja en sus extremos, señalando la presión ya en la zona roja de su escala.

La puerta que cierra el agujero de entrada a la cueva ha sido trancada por Cadura –lo que debería enseñarle a él mismo a mantener bien cerrados otros agujeros– con gran estrépito y con un giro furioso de la llave, que ha sonado en el interior de la cueva como si estuviesen girando mil mecanismos roñosos. Silvestrín se da cuenta de que están encerrados en la cueva, pero la cara de Basilia a la luz de la lámpara está serena y él se tranquiliza. Poco después, las espitas de los generadores de vapor han sido abiertas y el vapor ruge iracundo a la salida de los generadores, llenando todos los tubos de hirviente vapor. Los sonidos silbantes del vapor recorriendo incansable las enormes longitudes de los tubos resuenan amenazadores en la oquedad de la cueva. Silvestrín parece asustado, pero no así Basilia que parece saber exactamente qué es lo que hay que hacer en estos momentos en que el escaldante vapor está a punto de surgir por los extremos de los tubos.

– Vamos, rápido, a la sala de los bisontes –dice ella mientras le toma por una manga de la sotana.

Agarrando con fuerza su estuche, Silvestrín la sigue sin dudarlo. “Éste es un lugar amplio y aquí podremos estar sin peligro, pues he taponado con el tapón de corcho de la botella de vino que había en la cesta de los bocadillos esta salida del vapor, impidiendo que nos llegue directamente y que nos quememos. Con un poco de suerte el

efecto del resto de los tubos será como estar en el baño turco de mi club de tenis”, dice ella, y esa perspectiva no parece asustarla en absoluto, aunque Silvestrín no tiene ni idea de lo que es un baño turco. Mientras el vapor generado por las excelentes máquinas alemanas —de la prestigiosa marca Arbeitmachfrei I.G., que en su momento ya suministró equipos de grandes dimensiones para diferentes tratamientos térmicos a la dirección de Birkeneau, y que se han reciclado muy bien a esta nueva industria después de la guerra, con una cadena de accionistas, entre los que se incluyen don Santiago, don Onofre, el obispo Empompa y el nuncio Perkovic, extendida por todo el mundo— les va envolviendo con su hálito hirviente, Silvestrín se muestra tan aprensivo como segura Basilia.

— Rápido —le dice ella mientras se quita la boina que hasta ahora ha tapado sus rubios cabellos y la lanza lejos—, quítate la sotana y ponla sobre el suelo —añade ella mientras pone la lámpara de petróleo en el suelo.

Con gran rapidez deposita Silvestrín el estuche con los termómetros en el suelo y se desabotona la sotana, se quita los últimos corchetes y se la saca por los pies. En su precipitación se le cae el retrato de Basilia y quiere morir de vergüenza cuando ella repara en ello. Pero no dice nada y le urge a que continúe desnudándose. Recoge el retrato y lo vuelve a guardar, pues dejarlo allí sería fatal. Tiende Silvestrín su sotana toda a lo largo sobre el suelo de arcilla seca y observa con la mirada embobada y la boca abierta cómo Basilia también está luchando por despojarse con rapidez de su propia sotana. Tiene ella el pelo revuelto y poco a poco emerge su chalequito y su falda de la negra envoltura. Mientras el vapor empieza a invadir la cámara por completo, ella pone su sotana en el suelo, al lado de la de él. El rugiente vapor, que surge a propulsión de los extremos de los tubos, hace que Silvestrín empiece a sudar y observa embelesado cómo el vapor empieza a poner un tono luminoso en el rostro de Basilia, a la vez que la cálida luz de la llama de la lámpara de petróleo la ilumina dándole un toque dorado.

— Vamos, desnúdate del todo, que si no te vas a achicharrar con esa ropa —añade ella mientras se desprende por la cabeza de su pequeño chaleco de punto ante la mayúscula sorpresa de Silvestrín, que no acierta a conseguir cerrar la boca. Mientras ella se saca el chaleco por la cabeza, el vapor empieza a humedecer su blanca camisa, haciéndola transparente en aquellas partes en que su femenina anatomía la adelantan y la ponen tirante. La sonrosada piel de los pechos de Basilia

se hace cada vez más visible a la incierta luz del quinqué, y la circular forma de sus oscuras areolas se marcan con nitidez ante un sorprendido Silvestrín que conoce el misterio de estas formas circulares del pecho, pero sólo en el suyo propio. Mientras, ha conseguido por fin Basilia sacarse el chalequito, consiguiendo que su pelo esté todavía más revuelto y proporcionándola un aire salvaje y felino, que la ha puesto todavía más guapa. Silvestrín, por su parte, apenas ha conseguido empezar a desabotonarse la gruesa rebeca que hasta ahora ha llevado bien abotonada por aquello del frío traidor del otoño, un consejo de su madre que siempre sigue a rajatabla. El calor bajo la ropa empieza a ser insoportable, y Silvestrín se desprende a manotazos de su rebeca, cuyos botones saltan en todas direcciones, todo ello sin dejar de observar a Basilia en su personal pugna por desprenderse de su propia ropa, espectáculo insólito que no tiene Silvestrín intención de perderse por nada del mundo.

—¡Pero vamos, deprisa! —le urge ella—, que luego con la ropa mojada te será más difícil de quitar y te puede dar una subida fatal de la temperatura —añade ella mientras con gesto decidido se quita una negra zapatilla tras otra y comienza a desnudarse los pies. Los pequeños y bien formados pies de Basilia producen en Silvestrín un efecto subyugante. Le gustaría ahora mismo empezar a comer uno por uno los graciosos deditos de sus pies, y tiene que contenerse para no hacerlo. Es la primera vez que ésto le sucede con tanta intensidad, aunque algunas veces que ha ido con sus primas de Cáceres a la playa se ha despertado por las mañanas con el número uno contento y pensando en los lindos deditos de los pies de ellas. En la enciclopedia republicana que esconde su tío ha leído que algunas chinas se vendan los pies para mejor excitar a los hombres, algo que hasta ahora él no comprendía. Mientras intenta a tientas quitarse sus propios zapatos, no puede dejar de observar cómo la camisa blanca de Basilia se le ha pegado ya al cuerpo, como sucede en algunas estatuas helenas de griegas proporciones, mostrando unos breves pechos perfectos en su forma cónica y un ombligueto diminuto engarzado como un hoyuelo en una barriguita casi plana. Mientras ella se debate con la camisa para desabotonarla, ha conseguido Silvestrín quitarse un zapato, que ha caído por algún sitio y ahora ataca sin mucha convicción el otro.

— ¡Pero date prisa! —insiste ella viendo lo retrasado que él va—, que te estás durmiendo —añade ella. Pero eso no es verdad, pues nunca ha estado Silvestrín más despierto con menos luz. Cuando por fin consigue ella desabotonarse la camisa y sacarla de debajo

de la falta, el contraste entre la dorada franja de piel que va desde su grácil cuello hasta el comienzo de su barriguita, mostrando la suave pendiente de sus senos y la dulce oquedad de su ombligo y la blanca camisa está a punto de hacer perder a Silvestrín el equilibrio. Muerde inconscientemente la punta del zapato que se acaba de quitar, pero, afortunadamente, Basilia no repara en este gesto tan tonto. Se arranca él toda la camisa, haciendo que salten de nuevo por los aires todos los botones que su amorosa madre ha zurcido con punto de cruz.

Ella le sonríe mientras, en lo que a Silvestrín le parece un movimiento a cámara lenta que desearía no acaba nunca, con decidido movimiento abre su camisa, echa los hombros hacia atrás y se ayuda con los brazos para extraerla. La visión ralentizada de los hermosos y dorados pechos de Basilia, húmedos y relucientes bajo la dudosa luz del candil, bruñidos como piezas de oro, tiernos como torcaces acurrucadas al amanecer, está a punto de provocarle a Silvestrín un espasmo nervioso. —El contraste entre el expansivo derrame mamario de la profesora Mañodeperas y la delicadeza juvenil de Basilia, toda ella suaves colinas bajo el sol, logra distraer por un instante la pujanza incontenible de su miembro—. Con ímpetu incontrolable, el número uno pugna por asomarse por fuera de sus pantalones y asistir así él también al insólito espectáculo de la, sin duda, virginal e inocente desnudez de Basilia. Con un golpe certero se desabrocha el cinturón de su pantalón y procede a bajarse la cremallera justo a tiempo de evitar que se produzcan destrozos irreparables en su masculinidad. Como un *Sputnik* soviético, surge incontenible su más querido compañero de viaje, más contento su número uno que en una mañana de verano con playa incluida y retozantes extremeñas en bikini.

Por su lado, Basilia, con el torso desnudo cual heroína griega, romana o amazónica con dos pechos, que ya está Silvestrín hecho un lío, pugna ahora con su falda. Mientras la gira para quitarla el corchete posterior, Silvestrín tiene que sentarse sobre la sotana extendida, pues le resulta difícil mantenerse erguido. Al menos, alguna parte de él. El calor le llega en oleadas y, a veces, las guedejas del vapor le privan de la visión de Basilia. Tira de los pantalones con fuerza y se queda en calzoncillos. Los tipis de los indios de las praderas americanas se levantan sin un poste central, tal y como muy bien sabe Silvestrín de las novelas del oeste americano de Karl May, pero la cónica elevación que ahora presenta entre las piernas su calzoncillo, sí que lo tiene. El

vapor avanza y retrocede, pero al fin consigue contemplar Silvestrín cómo ha conseguido Basilia desprenderse de la falda, que deja caer a sus pies para luego lanzarla con uno de ellos lejos de sí.

La visión del dorado cuerpo de Basilia, humedecido todo él por el vapor y resplandeciente como una joya, sus preciosos pechos erguidos, sus muslos bien formados, sus anchas caderas y sus nalgas respingonas matizadas por la última y blanca prenda –entrevista hasta ahora sólo por entre los pliegues de su falda–, pero toda ella dueña y señora de la situación, hace que el número uno de Silvestrín, ahora entre once y ciento once, esté a punto de poner a prueba la capacidad elástica de su calzoncillo, el cual, húmedo también, está empezando a ajustarse a su miembro viril, con gran azoramiento por su parte.

El proceso autónomo que está teniendo lugar en el bajo vientre de Silvestrín, y que las sombras de la luz del candil acentúan contra el techo de bisontes, hace sonreír a Basilia. Ante la sorpresa de él, ella empieza a tararear por lo bajo una cancioncilla a medida que se empieza a cimbrear, tal y como Silvestrín ha visto hacer a algunas odaliscas –pero estas pudorosamente cubiertas de velos–, en algunas películas en blanco y negro de temática oriental –paganos, vamos–. Mientras ella se mueve sin dejar de tararear y de observarle, juega con el elástico de sus braguitas, ahora bajándolo uno de sus lados, el que rodea el muslo derecho, ahora subiéndolo. El espectáculo hace que Silvestrín continúe con la boca abierta, una fea costumbre que su madre sin duda afearía si ahora le pudiese ver. Ajena a sus pensamientos, Basilia sigue moviéndose, arriba y abajo, mientras Silvestrín no tiene ojos suficientes como para verla toda ella a la vez. Sus pechos apenas tiemblan y ahora sus areolas han adquirido el tono oscuro de la miel de la montaña y un tierno botón eréctil ha surgido de ellas, pujando por fuerza en alcanzar el techo. Echa ella la cabeza hacia atrás, se ríe complacida y vuelve a jugar con sus braguitas. Se gira en redondo y con ambas manos sobre los elásticos laterales de la prenda, se las baja ligeramente hasta mostrar sus rubicundos mofletes posteriores a Silvestrín, cuya botonadura del calzoncillo ha saltado por fin no sin antes ejercer un dolor insoportable sobre su miembro.

Se agacha entonces Basilia y con un ágil y grácil movimiento hace descender la femenina prenda hasta sus tobillos, saca con cuidado uno de sus pies, lo apoya en el suelo, levanta el otro y extrae la prenda. El espectáculo de Basilia completamente desnuda ante él está a punto de producirle un ataque cardíaco y otra persona menos joven y menos entrenada –en el gimnasio, se entiende, no en ver jovencitas desnudas–

habría sucumbido sin duda al impactante espectáculo. Su pubis es mucho menos oscuro que el de la doncella de don Onofre, piensa Silvestrín. Tiene un tono entre canela y mostaza finamente entreveradas. Los ensortijados zarcillos que lo forman se cubren enseguida de diminutas gotas de rocío, lo que le confiere un aire amable, como de tierno animalito bajo el fresco rocío de la mañana. Con su cabello rubio oscuro ahora mojado y cubriéndole el nacimiento de los senos, Basilia hace girar las braguitas en su mano izquierda mientras sigue con su movimiento cimbreado. Silvestrín no puede más y venciendo su natural timidez al ver la feliz inocencia con que ella permanece desnuda envuelta en nubes de vapor e iluminada por la cálida luz del quinqué, se desprende, no sin las grandes dificultades del movimiento a contrapelo, de su calzoncillo.

Entonces ella le lanza las ya húmedas braguitas, que él caza al vuelo en un movimiento instintivo. La prenda le trae añoranzas de suaves brisas marinas y le hace evocar –no sabe muy bien porqué– esas cazuelas de bacalao al pil-pil que tan bien le salen a su madre. La mojada prenda está inerte en su mano, como aquella vez que cogió una medusa en la playa que luego le dio urticaria. Pero en esta ocasión, él la aprieta con fuerza.

– ¡Vaya, vaya! –dice Basilia observando el hermoso espectáculo de masculina pujanza que se ofrece a sus ojos–. Parece que el falo se te ha puesto muy contento –añade acercándose–. Pero creo que conozco yo un método infalible de que esté todavía más contento. Y con los judíos todavía es mejor –añade ella enigmática, aunque Silvestrín no tiene ni idea de a qué judío se refiere.

Ni mucho menos sabe Silvestrín en absoluto a qué método de poner contenta la colita –pues eso debe ser el falo– se refiere ella, mira a sus lados, pero no intenta huir. Ha decidido afrontar el sacrificio que venga, por doloroso que sea, siempre que le sea aplicado por su amada. Su amor por Basilia le conforta en estos momentos de duda. A medida que ella se acerca a él agachándose, Silvestrín echa hacia atrás la espalda a la vez que apoya las manos atrás. Abre las piernas instintivamente para mejor apoyarse y nota la sotana bajo sus glúteos y la piedra bajo ésta. Basilia se deja caer de rodillas frente a él a la vez que no deja de sonreír y de mirarle con ojos chispeantes. Sin mediar palabra, las manos de ella se adelantan hasta posarse sobre sus muslos de él a la vez que su cabeza se adelanta con decisión hasta su miembro erecto.

El roce de sus virginales y largas manos sobre su piel le produce a

Silvestrín un escalofrío de placer y terror a partes iguales. Algo que no sentía desde que a los tres años su tía Eufrosia le ponía polvos de talco entre los muslos. Su tía, hermana soltera de su madre, solía terminar esa operación con lo que ella denominaba “el ósculo púbico-púdico”, un juego de palabras del que estaba muy orgullosa, y estampaba un sonoro beso en el extremo, muchísimo más encogido que en esta ocasión, que dónde va a parar, del número uno de Silvestrín, o falo, como deliciosamente lo ha denominado Basilia. Piensa por un momento Silvestrín que también ella quiere darle un amoroso beso, cuando observa cómo ella entreabre su, sin duda dulce boca, a la vez que le dirige una mirada picarona.

Mientras apenas le da tiempo a asimilar cómo su falo desaparece casi por completo en las profundidades de la perfumada boca de su amada, el triple tacto de sus labios de rosa contra su piel, la sensación de sus graciosos dientecillos mordiéndole con tierna dureza y su lengüita de alondra enroscándose toda ella alrededor de su ahora número mil ciento once –los cuatro unos subidos uno encima del otro–, los movimientos acompasados de Basilia arriba y abajo están teniendo un efecto catárquico sobre todo él. Cruza una mirada con los ojos límpidos de Basilia, que le sonríen, justo en el momento en que nota cómo si una mano gigantesca le apretara el corazón y no le dejase respirar. Siente que le empiezan a fallar los sentidos y teme que la vida está a punto de abandonar su cuerpo. Los brazos le flojean, su espalda va descendiendo lentamente, se apoya por fin en el suelo, estira las piernas para mejor permitir que su alma se entregue al altísimo y en ese momento sucede. Su médula espinal es recorrida arriba y abajo por chispazos eléctricos y su cuerpo todo se convulsiona a la vez que el deleite más delicioso que ha experimentado hasta ese momento en su corta vida –y a mucha distancia de los dulces pasteles de Tentugal, que era hasta ahora lo que más le gustaba en este mundo–, le recorre todo el cuerpo y siente que su alma se vacía.

Los espasmos de placer se prolongan y justo hacia el final de los cinco minutos de retortijones y sacudidas que dura su pequeña –bueno, no tan pequeña–, agonía, le viene a la mente la misma sensación que cuando después de cuatro días de playa con las primas de Cáceres se despierta a media noche con el pantalón del pijama mojado de un extraño líquido con la consistencia de la leche condensada. Su confesor le ha dicho que no se preocupe, que eso es natural en un joven de su edad y vitalidad que hace deporte, pero que ante todo y sobre todo, no debe tocarse el número uno con sus propias manos, pues eso

sería pecado mortal de necesidad, susceptible de enviarle al infierno por toda la eternidad –o más– si entre esos tocamientos manuales y su confesión en regla ante un sacerdote homologado mediase, dios no lo quiera, un accidente fatal. Puesto que ha sido Basilia quien ha conseguido el mismo efecto pero con su dulce y experta boca, razona Silvestrín, éste no debe ser un pecado ni venial, pues todo ha sido completamente natural y ajeno por su parte.

Mientras Basilia sigue sonriendo y limpiándose los labios con el dorso de la mano, le observa con cuidado, casi como si lo viera por primera vez –lo que teniendo en cuenta que es la primera vez que le ve desnudo, no es de sorprender–. Este gesto descuidado de ella acaba de aclararle a Silvestrín el misterio de los espamos siestiles de don Onofre. Piensa él que tal vez una vaca sea mucho para su poder adquisitivo, pero un ternero sí que daba él bien a gusto por volver a repetirlo. Se acerca entonces Basilia hasta apretar sus bíceps y la respuesta de acero de sus músculos le llena de satisfacción. Sobre todo cuando ella repara en sus pectorales, los golpea con su puñito y musita: “Pues sí que lo tienes tú todo duro”, dice ella con una mirada de promesas de golosinas en los ojos. Pero cuando añade: “¡Venga, que todavía nos quedan cuarenta minutos de baño turco!”, Silvestrín no sabe a qué se refiere. Mira instintivamente su empañado reloj Omega, lo único que ahora lleva puesto, limpia de gotas el cristal y observa que sólo han pasado veinte minutos desde que les cerraron, por lo que todavía faltan cuarenta minutos hasta que vuelvan a abrir la puerta de la cueva.

– Espera, creo que tengo un condón en el bolsillo de la falda – dice ella mientras captura la falda a tientas y extrae un paquetito de uno de sus bolsillos. Un pequeño rectángulo de papel abultado, que contiene lo que parece ser un anillo grande, algo que Silvestrín no ha visto nunca antes, aparece en las delicadas manos de Basilia. Se lo lleva ella a la boca, rasga el papel y extrae una pequeña circunferencia. Ella la estira para mostrar que es elástica y ante la nueva sorpresa de Silvestrín la coloca en el extremo de su número uno, que sigue tan alegre como hace cinco minutos, con su extremo un poco colorado. Con sus expertas manos va ella desenvolviendo el extraño elástico que va descendiendo a lo largo de su miembro a la vez que una suave capa de caucho transparente le va cubriendo.

– ¿Y esto para qué sirve? –acierta a preguntar Silvestrín.

– ¡Hijo!, está claro que necesitas una clase teórica de educación sexual, pero esa que te la dé tu madre –dice Basilia sin que Silvestrín

entienda el enigmático significado de la frase ni su referencia a su progenitora—, que yo te voy a dar ahora mismo una clase práctica que vas a tardar años en olvidar. Y ahora, ¡taládrame, trepanador mío! —grita ella, una vez más completamente enigmática a los oídos de Silvestrín y mezclando eclécticamente conceptos variopintos.

Silvestrín observa con los codos clavados a su espalda que Basilia se levanta para avanzar dos pasos hasta colocarse de pie encima de él, sus largas y bien torneadas piernas abiertas, los brazos en jarras. La visión que se le ofrece de Basilia vista desde debajo y completamente desnuda le sobrecoge. Su dulce carita, los deliciosos pechos en perspectiva, la suave barriguita y el rizado vellocino con su sonrosada sonrisa vertical apenas entrevista entre sus tupidas guedejas, conforman un cuadro de rara belleza clásica. Así que cuando ella empieza a flexionar sus rodillas y se va acercando hasta él, tiene un momento de pánico cuando comprende que su sonrisa vertical se va acercando imparable a su número uno, mejor dicho, falo. Y si la sorpresa de Silvestrín ha sido grande cuando ha visto su falo engullido por la ávida boca de Basilia, inconmensurable es la que experimenta ahora al comprobar cómo las ágiles manos de Basilia dirigen la maniobra de acoplar el potente miembro suyo en la pequeña cavidad de ella. Pero el milagro se produce y vuelve a sentir Silvestrín que le atenazan el corazón.

Mientras Basilia no cesa en sus flexiones de rodillas arriba y abajo, toma ella la cabeza de Silvestrín con sus dos manos, y retrociéndole el rojo cabello humedo la atrae hasta colocarla entre sus suaves pechos. Agita ella la obediente cabeza de él a uno y otro lado, restregándola contra sus senos húmedos y suaves. Abre él instintivamente la boca y uno de sus tiernos botones es engullido por su ahora ávida abertura bucal. La piel de ella sabe a sudor y a canela y a medida que él mordisquea su botoncito, éste se vuelve más rígido. Silvestrín se incorpora ligeramente a la vez que la toma a ella por sus firmes y respingonas nalgas sin perder el ritmo que está imprimiendo y sin que ella parezca consciente del cambio de posición, entregada con abandono a su propia actividad. Con las manos ya libres, Silvestrín acaricia los turgentes y suaves pechos de Baslia, pellizca sus pezoncitos y los besa y rechupetea con delectación mientras se vuelve a preguntar que qué es lo que hace que estas glándulas diseñadas por la naturaleza para alimentar a los niños pequeños sean tan deliciosamente atractivas para los niños grandes.

Mientras ella le estira con furia de los cabellos, enmarañados y

húmedos, las convulsiones la invaden como si estuviera poseída por el demonio, a la vez que, cosa contradictoria, tiene un arrebató místico, con continuas invocaciones a dios. “¡Ay dios mío, ay dios mío!”. “¡Así, así!”, “¡Más, más!”, con continuas referencias morbosas, “¡ay, que me muero!, ¡ay, que bueno!”, son exclamaciones que una abandonada Basilia intercala entre colvulsos movimientos de forma completamente anárquica. Por fin, atrae Basilia la cabeza de Silvestrín hacia su propio rostro y le planta un beso en los belfos, lo que le sorprende, pues hasta este momento no ha tenido ocasión de degustar directamente la miel de sus labios. Siente cómo la lengua de Basilia se enreda en la suya como si fuera un zarcillo trepador en el tronco de un árbol y cómo le recorre rasposa desde el cielo del paladar hasta la glotis y la epiglotis.

Y entonces sabe Silvestrín que le va a llegar la agonía placentera por segunda vez, aunque esta vez ya no le va a pillar desprevenido. Repara entonces en que las colvulsiones de Basilia se han hecho más intensas y que echando su propia cabeza hacia atrás y tirando del pelo de él para alejar sus cabezas, grita: “¡Sí, sí, síiiiiiiiiiiii ...!”, de forma compulsiva. Silvestrín, a su vez, se abandona a los latigazos del goce, sintiendo la dulce pesadez de su amada encima de él y la dureza del suelo bajo sus doloridas, pero felices, nalgas.

Las espasmódicas convulsiones de ambos se van calmando poco a poco y una chorreante Basilia, mezcla de vapor y sudor empieza a mirarle con ojos vidriosos, a la vez que sonríe con mueca desencajada y afloja los salvajes estiramientos y movimientos que ha venido aplicando sin piedad sobre su cabello. Tiene su pelo, ahora oscuro por el agua, completamente pegado a la cabeza, pero su carita es más preciosa que nunca. Ambos están temblorosos todavía. Silvestrín siente que le vence la gravedad y se deja caer exhausto sobre su sotana, empapada de agua. Ella se gira sobre sí y también se deja caer sobre la espalda, aunque lo hace de tal forma que su cabeza queda apoyada en el sólido pecho de él.

– ¿Pero donde tenías tú escondidos estos músculos!? –pregunta ella con una risa angelical–. A mí siempre me habías parecido un escuchimizado, ¡y mira tú por donde! –añade mientras masculla, “Lo que daría yo ahora por un pitillito, grrrrrr...”.

Silvestrín está contento, pues hasta ahora sólo el preparador físico del colegio de los Agustinos ha glosado sus biceps y sus pectorales, y le gusta mucho tocarlos y apretarlos, todo ello en un ambiente de sana camaradería masculina, como también él gusta de repetir. Sin

embargo, en esos casos su número uno nunca ha estado contento. La gusta que Basilia le ayude a desarrollar ese músculo y espera que tengan ocasión más adelante de volver a practicar esta curiosa y placentera gimnasia.

Pero el tiempo apremia y el deber les llama. Después de un necesario relax –pues ambos han terminado con las piernas temblando–, Basilia le ordena que recoja los termómetros de donde los ha ido colocando Cadura, mientras ella intenta frenar el aporte de vapor a la cueva. Al resplandor del quinqué va cogiendo Silvestrín uno a uno, con amoroso abrazo, los tres termómetros últimos, los que le restaban para completar el estuche. Cada uno de ellos es depositado en su hueco correspondiente con infinito cuidado y cuando concluye, la visión del conjunto de termómetros completo le pone un nudo en la garganta y le hace llorar de emoción. Dos instantes de placer infinito, uno con Basilia y otro a solas con su estruche de termómetros, tan diferentes y, sin embargo, tan semejantes.

Mientras tanto, Basilia ha ido obturando los extremos de los tubos por los que sale el vapor por el simple pero eficaz procedimiento de unirlos de dos en dos. El ambiente, privado de nuevo vapor, se va aclarando poco a poco y recogiendo sotanas y prendas de ropa a la incierta luz de la llamá de la lámpara de petróleo, se van acercando a la puerta de entrada. Ésta permanece cerrada con llave, pero desde el exterior llegan voces y gritos. “¡Los manómetros, los manómetros!”, oyen gritar a alguien. Sospecha Basilia que al impedir el flujo de vapor la presión en los generadores está aumentando, por lo que pronto abrirán la puerta para ver qué sucede. En efecto, el ruido de la puerta abriéndose pronto se escucha y un seminarista la deja abierta a la vez que se aventura hacia el interior con la ayuda de otra lámpara. Basilia le golpea en la cabeza con una piedra grande plana y él pobre chico se desploma sin un gemido. Le aparta Silvestrín hacia el fondo y esperan la llegada del segundo. Los gritos desde el exterior llamando al que acaba de entrar arrecian, pero al ver que no hay respuesta, un segundo seminarista se arriesga a asomarse. Antes de que entre el quinto seminarista, las voces y gritos del exterior llaman a evacuar el lugar, pues los manómetros indican que los generadores de vapor están a punto de reventar.

– ¡Los manómetros del doctor Mengele van a estallar! –se escucha gritar a Capelotas–. ¡Cerrar las espitas de los quemadores!

Pero sin tiempo de acercarse hasta las llaves reguladoras de la combustión, con enorme estrépito salta por los aires el primer gener-

ador de vapor, seguido en cadena de los otros cuatro. Las bombonas de butano que alimentaban los quemadores estallan a su vez elevando columnas de fuero y lanzando hierros candentes en todas direcciones. Los seminaristas, cuerpo a tierra se protegen sus cabezas con sus manos mientras musitan jaculatorias y la metralla silba sobre sus cabezas. Las bombonas preparadas para las estufas son mordidas por las llamas y revientan como si de una gigantesca *mascletá* valenciana se tratara. Las sucesivas lenguas de fuego que se elevan al cielo iluminan toda la escena y proyectan pavorosas sombras sobre los espantados seminaristas, sorprendidos de la furia infernal que se ha desatado sobre sus cabezas.

Un instante de tranquilidad recorre la escena justo antes de que los seminaristas reparen en que el restaurante ‘El Bidente montañés’ está envuelto en llamas como consecuencia de los candentes trozos de hierro que lo han alcanzado. Las diez bombonas de butano que guarda en su cocina estallan una detrás de otra con precisión de metrónomo y lo único que queda es el solar y una pared semiderruida.

En cuanto el silencio chisporroteante vuelve a apoderarse del lugar, Basilia y Silvestrín emergen de la cueva. Algunos seminaristas se arrastran por el suelo, doloridos y con las sotanas hechas girones, pero aunque Silvestrín hace amago de ayudarles, Basilia le señala al director Capelotas, que con los termopares bajo el brazo se dirige hacia el mil quinientos en el que llegó el cura Cinazo. Le implora éste que está herido y que no le deje allí, pero Capelotas le propina sin piedad un seco golpe en la cabeza con la esquina inferior del cubo metálico en el que van colocados los extremos de los termopares, a la vez que musita con desprecio la palabra maldita: “¡Traidor!”. El pico metálico se hince en la testa de Cinazo, ya bastante castigada por el metal en el día de hoy, y éste se desploma inerte, con la sangre brotando a borbotones de su cabeza una vez más, pero esta vez por un orificio diferente.

Actuando con rapidez, abre Capelotas la puerta del milquinientos y deja en el asiento del acompañante los termopares. Echa un vistazo al dantesco espectáculo en que se ha convertido el aparcamiento de Altamira, con seminaristas arrastrándose, quejándose y solicitando ayuda, coches ardiendo y tubos retorcidos, y es entonces cuando Capelotas repara en las dos figuras desnudas y mojadas que se dirigen hacia él con ropas arrugadas en sus brazos. Se vuelve hacia Basilia y Silvestrín y les señala tembloroso de rabia con el dedo índice de la mano izquierda mientras con la derecha sujeta el volante del coche.

Primero a ella, gritando con rabia su nombre. Es evidente que ha reconocido a Basilia, pues visita con asiduidad la casa de don Onofre en Santillana. Y ante la sorpresa de Silvestrín, Capelotas también parece saber quién es él –a pesar de que Silvestrín nunca le había visto antes de hoy–, pues el sacerdote masculla con claridad: “¡Maldito entrometido Silvestre Panador!” . Las restantes palabras de amenaza que logra articular el cura no llegan a sus oídos.

Pero Capelotas tiene prisa y se introduce en el coche. Enciende el contacto, gira acelerando sobre la gravilla y huye de allí dejándolo todo manga por hombro. Basilia se dirige hacia su coche, que ha sido protegido por los vehículos ahora destrozados y carbonizados que estaban aparcados entre él y los generadores reventados, y grita a Silvestrín, que está como alelado, que la siga. Lanzas todas sus ropas mojadas y sucias de barro a la parte trasera del coche y se disponen a seguir a Capelotas sin perder más tiempo. Éste parece tener mucha prisa, pues toma las curvas a cien por hora. Basilia no quiere perderle y no se le queda a la zaga. Al llegar a la primera bifurcación el coche de Capelotas tuerce a la derecha. Basilia, completamente desnuda, pero con sus pies firmes sobre los pedales, musita mirando a Silvestrín: “Volvemos a la capital” .